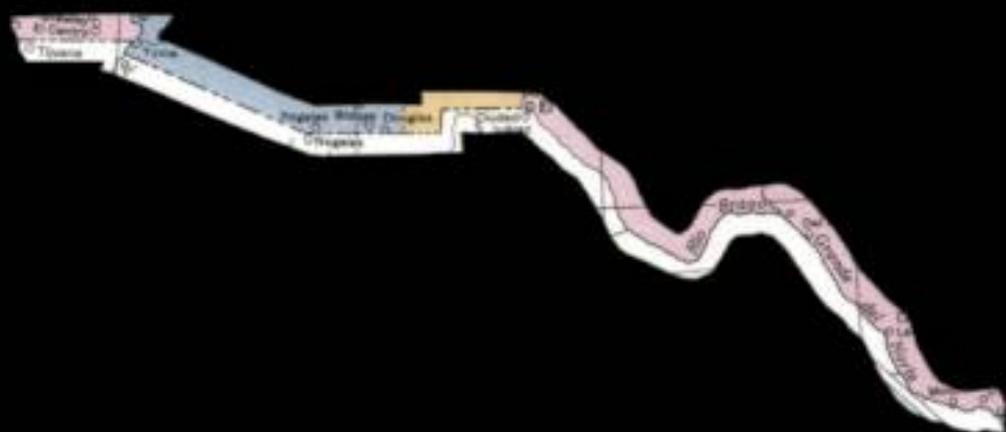


FRANCISCO CANTÚ

LA LÍNEA

SE CONVIERTE

EN RÍO



UNA CRÓNICA DE

LA FRONTERA

**DEBATE**

TRADUCCIÓN DE FERNANDA MELCHOR

SÍGUENOS EN

megustaleer



@Ebooks



@megustaleermex



@megustaleermex

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

Varios fragmentos de este libro, en distintas versiones, fueron publicados originalmente en *Edible Baja Arizona*, *Guernica*, *Orion*, *Ploughshares*, *J Journal: New Writing on Justice* y *South Loop Review*.

Agradecemos a la editorial Les Fignes Press por su autorización para citar fragmentos del poema *Antígona González* de Sara Uribe.

La presente obra es una memoria, una historia real basada en los recuerdos del autor a lo largo de distintos momentos de su vida. Los nombres y características de algunas de las personas mencionadas han sido modificados para proteger su privacidad. En algunos casos, el autor ha combinado a varios personajes secundarios en uno solo, ha ordenado y/o comprimido eventos y períodos de tiempo con fines narrativos y ha recreado ciertos diálogos según el recuerdo que conserva de las conversaciones sostenidas.

*A mi madre y mi abuelo,  
por haberme dado la vida y un nombre;  
y a todos aquellos que arriesgan sus almas  
al cruzar o patrullar una frontera antinatural.*

# PRÓLOGO

Mi madre y yo cruzamos la llanura en dirección al este, conduciendo por el vasto fondo de un mar antiquísimo. Habíamos venido al oeste de Texas a pasar el Día de Acción de Gracias en el parque nacional donde mi madre trabajó como guardia forestal, durante la misma época en que yo empecé a formar mis primeros recuerdos infantiles: imágenes de gargantas boscosas y montañas pétreas que emergían de la tierra; el sonido del viento restallando a través de la sierra baja del desierto; el calor del sol abatiéndose sobre una interminable extensión de maleza.

Al acercarnos a la Sierra de Guadalupe pasamos por una salina y le pedí a mi madre que detuviera el coche. Ella se estacionó en el arcén y los dos descendimos y avanzamos juntos por aquel suelo resquebrajado. Nos detuvimos para contemplar la cordillera que se extendía hacia norte, los imponentes vestigios de un arrecife formado durante el periodo Pérmico y alguna vez sumergido bajo las aguas continentales de la Pangea. El viento helado de noviembre embestía nuestros cuerpos como una lenta corriente de agua. Me agaché para tocar el suelo y arranqué un trozo de aquella costra blanca y la deshice entre mis dedos. Los llevé a la punta de mi lengua y alcé la mirada hacia mi madre. Sabe a sal, le dije.

Ya en el parque, mi madre y yo aguardamos en el centro de visitantes mientras una mujer uniformada, plantada detrás del mostrador de la recepción, atendía a una pareja de visitantes y les explicaba pacientemente las tarifas de acampada y las distintas rutas de excursión. Cuando la pareja se

alejó del mostrador, la mujer nos vio y una enorme sonrisa iluminó su rostro. Se apresuró a llegar hasta donde estábamos y extendió los brazos para abrazar a mi madre. Luego dio un paso hacia atrás y me miró con incredulidad. Ay, mi-jo, la última vez que te vi eras de este tamaño. Bajó su mano a la altura de sus rodillas. ¿Siguen viviendo en Arizona?, nos preguntó. Sólo mi mamá, respondí, yo me fui a estudiar a Washington. Los ojos de la mujer se abrieron como platos. ¿A la capital? Asentí. Qué impresionante. ¿Y qué estás estudiando? Relaciones internacionales, contesté. Está estudiando la frontera, añadió mi madre. De regreso vamos a quedarnos unos días en El Paso, para que pueda visitar Ciudad Juárez.

La mujer meneó la cabeza. Tengan mucho cuidado, nos dijo. Juárez es muy peligroso. Se me quedó viendo con los brazos en jarras y luego apoyó una mano sobre mi hombro. ¿Sabes? Todavía me acuerdo cuando te cuidaba de chamiquito. Bajó la mirada para observar mis zapatos. En ese entonces todo lo que querías era ser vaquero. Te ponías tus botitas vaqueras y tu sombrerito y te la pasabas correteando en el patio con mis hijos, persiguiéndose unos a otros con sus pistolitas de plástico. Mi madre sonrió. Yo también me acuerdo, dijo.

Al día siguiente, nos despertamos temprano para emprender una excursión a través del cañón que asciende por la frondosa espalda de la cordillera. Mi madre volvió a convertirse en guía mientras paseábamos: me señaló las trémulas hojas amarillas de un arce dientón y extendió su mano para acariciar la lisa y colorada corteza de un madroño. Se inclinó para recoger el caparazón seco de una larva de libélula que se hallaba prendida a una brizna de hierba, y con gran delicadeza la giró sobre su palma manchada de barro. Alzó la vista hacia el sendero, hacia las aguas mansas del arroyo, y me explicó que aquel reluciente artrópodo se ha-

bía desprendido de su carcasa para poder revolotear entre los turbulentos vientos del cañón. Sostenía aquel exoesqueleto entre sus manos como si fuera un objeto sagrado. Las libélulas migran igual que las aves, me dijo; baten sus delicadas alas durante días enteros a través de las llanuras onduladas, de las cadenas montañosas, del mar abierto.

Mi madre abandonó el sendero y se sentó sobre una piedra, a orillas del riachuelo. Se quitó los zapatos y los calcetines, se arremangó los pantalones hasta las rodillas y entró en la corriente. Sus hombros se tensaron debido a la frialdad del agua. Me pidió que me metiera con ella, pero yo sacudí la cabeza y permanecí sentado bajo la luz jaspeada que bañaba la ribera. Mi madre caminó a través de piedras y ramas caídas, señalando la manera en que la corriente se desbordaba al pasar por encima de una raíz expuesta, o la forma en que el sol refulgía sobre una mata de hierba verde. Se inclinó para tocar la superficie del agua, y luego se frotó el rostro con las manos mojadas. Y mientras yo recolectaba hojas de arce, ella se agachó y recogió un puñado de diminutos bolos calizos del lecho del arroyo. Ven, me dijo, haciéndome señas con sus manos empapadas. Toca el agua.

Aquella noche, cuando nos encontrábamos instalados en una de las estaciones científicas ubicadas en el corazón del parque, y mientras cenábamos pavo precocido aderezado con relleno instantáneo, le pregunté a mi madre por qué había decidido unirse al Servicio de Parques años atrás. Ella se puso a picotear el relleno con su tenedor. Porque quería estar al aire libre, me dijo. Porque en las áreas silvestres yo había encontrado un sitio donde podía entenderme. Y mi ilusión era convertirme en guardia forestal para poder despertar en la gente ese mismo amor que yo sentía por la naturaleza, y hacer que se interesaran por el medio ambiente. Alzó la mirada de su plato y me miró. Quería

proteger este paisaje de la destrucción, me dijo. Quería proteger los lugares que amaba. Me recosté contra el respaldo de mi silla. ¿Y qué piensas ahora, en retrospectiva?, le pregunté. Mi madre dejó su tenedor sobre el plato y se puso a recorrer con su dedo la veta de madera del borde de la mesa. Aún no lo sé, me respondió.

Al día siguiente abandonamos el parque y conducimos rumbo al oeste. Por la tarde, cuando íbamos llegando a El Paso, contemplé las luces que se extendían a lo largo del valle desértico y traté de distinguir dónde terminaba Estados Unidos y dónde comenzaba México. En el motel en donde nos hospedamos, un empleado que usaba lentes trabó plática con mi madre mientras nos registrábamos. ¿Qué los trae a El Paso?, preguntó. Mi madre sonrió. Mi hijo está haciendo una investigación sobre la frontera, dijo. ¿La frontera?, repitió el hombre, mirándonos por encima de sus anteojos. Yo les voy a contar de la frontera. Señaló hacia el otro lado de las puertas de vidrio del motel, en dirección a una ladera cubierta de maleza al fondo del estacionamiento. ¿Ven ese lugar? Yo solía ver que las matas se movían todas las noches. No tardé en darme cuenta de que no era el viento lo que las movía, sino los espaldas mojadas que cruzaban la frontera a hurtadillas. El hombre sonrió con una mueca. Pero ahora las matas ya no se mueven, ¿comprenden? En estas épocas los mojados ya no aparecen en los patios de la gente. Mi madre y yo asentimos, incómodos, mientras el tipo soltaba una risita y nos entregaba la llave de nuestra habitación.

Al día siguiente dejamos el auto estacionado en el puente de Santa Fe y nos dirigimos a pie hacia la frontera, siguiendo el persistente flujo de personas que se dirigían al cruce, a través de una pasarela cubierta de barrotes que se extendía sobre el canal de concreto donde las manguantes aguas del Río Bravo dividían El Paso de Ciudad Juárez.

Cuando estábamos por llegar al otro lado del puente, vi a un hombre despidiéndose de su esposa y de su hijo con los ojos empañados de lágrimas. El niño, parado junto al chirriante torniquete de salida, lloraba mientras su madre y su padre se abrazaban largamente. Tras cruzar la puerta giratoria, los agentes aduanales mexicanos, vestidos de negro, nos hicieron señas desde la mesa de revisión para que avanzáramos. Mi madre se volvió hacia mí. ¿No van a revisarnos el pasaporte? Me encogí de hombros. Creo que no.

Salimos del puerto de ingreso y avanzamos por la avenida Benito Juárez, en medio de un hervidero de taxistas y vendedores ambulantes. Pasamos junto a bocinas atronadoras y fachadas de comercios pintadas de colores brillantes: tiendas de licores, casas de empeño, clínicas dentales, farmacias de descuento, taquerías, casas de cambio y anuncios en español que ofrecían seguros, ropa, botas. Después de caminar varias cuadras, mi madre me preguntó si no podíamos sentarnos un rato. Cruzamos la calle hacia la Plaza Misión de Guadalupe, donde mi madre se desplomó enseguida sobre una banca. Necesito recuperar el aliento, me dijo. El corazón me está palpitando. ¿Te sientes bien?, le pregunté. Tomó aire y miró a su alrededor, con una mano apoyada sobre el pecho. Estoy bien, dijo, sólo un poco aturdida. Eché un vistazo al sol. Oye, voy a conseguirte un poco de agua, le dije. Le di una palmadita en el hombro y le señalé un comercio al otro lado de la calle. Ahora vuelvo.

En la tienda, me formé detrás de dos mujeres que hablaban de política. Qué bueno que ganó Calderón, le decía una mujer a la otra. Necesitamos un presidente que combata el crimen, que agarre a los delincuentes y limpie las calles. La otra mujer meneó enérgicamente la cabeza mientras le pagaba al empleado la cajetilla de cigarrillos y el paquete de pan dulce que llevaba. No entiendes, le dijo a su amiga. El problema no está en las calles.

Mi madre bebió ávidamente de la botella de agua que le llevé y luego suspiró, mientras yo consultaba el mapa de bolsillo que había tomado en el hotel. Estamos cerca del mercado Juárez, le dije. Allá podemos sentarnos y comer algo en lo que descansas. Ella asintió; se tomó su tiempo y aprovechó para mirar la calle de arriba abajo antes de levantarse de la banca. Caminamos sin prisa por la acera y pasamos frente a los domos de ladrillo de la Aduana Fronteriza y luego doblamos para tomar la calle 16 de septiembre. A una cuadra del mercado, nos detuvimos en un cruce-ro atascado de autos, esperando a que el semáforo cambiara a verde. Y entonces, mientras cruzábamos los cuatro carriles del tráfico, mi madre lanzó un grito y cayó al suelo en medio de la calzada. Invasión por el pánico, me arrodillé junto a ella y la rodeé con mis brazos. ¿Estás bien?, le pregunté. Jadeando, con dientes apretados, me señaló su pie, que se había torcido al caer en un bache. Tienes que pararte, le dije. Tenemos que quitarnos de la calle. Alcé la vista y vi que la luz peatonal parpadeaba. Traté de levantarla, pero ella hizo una mueca de dolor. Es mi tobillo, gritó, jadeando. No puedo moverlo.

Me quedé ahí parado en la intersección, con las manos alzadas para detener el tráfico, mientras la luz cambiaba a verde. Miré en dirección al mercado y vi que un hombre se acercaba corriendo desde la acera. Justo frente a nosotros, una mujer descendió de su auto y se arrodilló junto a mi madre. Tranquila, le susurró, tranquila.

Un hombre de sombrero vaquero se apeó de su camioneta sin apagarla y se volvió hacia el tráfico y les hizo señas a los conductores para que esperaran. El hombre que había corrido desde el mercado me puso una mano sobre el hombro. ¿Te ayudo?, me preguntó. ¿Qué pasó? Las manos me temblaron al señalar a mi madre. No puede caminar. El hombre se apresuró a colocarse a su lado y, con las manos

extendidas, me hizo una seña de que la alzáramos. Los dos nos agachamos y pasamos nuestros hombros por debajo de los brazos de mi madre. La mujer que se había arrodillado junto a ella se inclinó para hacerle una caricia: Vas a estar bien, le dijo, antes de caminar de regreso a su auto. Mi madre se impulsó con una sola pierna, mientras el otro hombre y yo la alzábamos, y juntos la llevamos cojeando hasta la acera. La ayudamos a sentarse en un muro de concreto y yo me volví para mirar cómo el tráfico comenzaba a avanzar nuevamente.

Me arrodillé y examiné las manos de mi madre, tiznadas a causa del asfalto. ¿Debemos llamar a una ambulancia?, le pregunté. Ella abrió los ojos y trató de controlar su respiración agitada. No creo, respondió, sólo déjame sentarme un rato. Miré al hombre y me incorporé para estrecharle la mano. Gracias, le dije, a falta de más palabras. El hombre sacudió la cabeza. No es nada. En Juárez nos cuidamos los unos a los otros. Me dio una palmadita en la espalda y con un gesto me indicó que me sentara junto a mi madre. Cuando estén listos, nos dijo, vénganse a mi local en el mercado. Mi madre y yo les prepararemos unas quesadillas. Y antes de marcharse me miró y enarcó las cejas. Aquí están en su casa.

|

En el sueño estoy acucillado en la oscuridad. El piso de la caverna está cubierto de formas negras, brazos y piernas cercenados de los cuerpos a los que alguna vez pertenecieron. Palpo los miembros y los sostengo entre mis manos, percibiendo la mugre, la sangre, la piel yerta. Busco una cabeza entre los restos, vestigios de alguna cara, algo con que poder identificar a las personas que han sido depositadas aquí. Con las manos vacías, abandono la caverna y salgo a un paisaje desprovisto de color, cuya atmósfera viciada parece encontrarse inmóvil. Ahí afuera, una voz me indica que debo visitar a un lobo en una caverna cercana. Llego cuando casi ha oscurecido por completo. Me interno en un pasadizo de paredes de piedra, y avanzo hasta que debo entornar los ojos para lograr ver algo en la penumbra. En el fondo de la cueva percibo la silueta irregular de un animal que merodea en la oscuridad. Enseguida logro distinguir las formas de un lobo que avanza lentamente hacia mí, posando silenciosamente una pata delante de la otra. Mientras el animal se acerca, una oleada de terror me acomete. Miro por encima de mi hombro y descubro que mi madre está ahí, haciéndome señas para que extienda mi mano y se la ofrezca al lobo. Vuelvo la vista hacia el frente y estiro el brazo y respiro hondo al abrir la palma de mi mano. El lobo se aproxima con calma y estira el cuello para olisquear mi mano con su enorme hocico. El animal tiene un aspecto realmente aterrador pero también emana sabiduría. Y cuando se echa hacia atrás para observarme, yo intuía que una suerte de comunión se establece entre noso-

tros. El lobo avanza nuevamente hacia mí, y esta vez se levanta despacio sobre sus patas traseras y posa las delanteras contra mi pecho. Me aterra el tamaño de sus garras, lo pesadas que se sienten sobre mi cuerpo. El lobo se inclina hacia mí y acerca su cara a la mía, como queriendo contarme un secreto. Cierro los ojos y siento su aliento ardiente sobre mis mejillas, la humedad de su lengua al lamermme el rostro, el interior de la boca. Y, de golpe, me despierto.